El Cruce del Morro

Javier Viruel

El Cruce del Morro

Javier Viruel

avant
editorial

Primera edición, mayo de 2026
© Javier Viruel, 2026

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Ático A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN: 979-13-88206-43-6
THEMA: FBA-FS-FXM-1DSE-ES-AC
DEPOSITO LEGAL: M-11491-2026

PRÓLOGO

He estado muchos años impartiendo Historia de España a los alumnos de segundo de bachillerato. Una asignatura a la que solían tenerle poco apego, especialmente los de ciencias, pues la consideraban memorística y en muchos casos tediosa. A esto se añadía el hecho de pasar la prueba de acceso a la universidad, lo que podía determinar su futuro. En definitiva, cada año tenía que luchar con estos inconvenientes utilizando todos los recursos a mi alcance para revertir la situación de partida, cosa que lograba unos años mejor que otros.

Un día que trabajábamos la Guerra Civil Española, les propuse que trataran en casa el tema de cómo vivieron la guerra sus mayores, sus abuelos, y que si alguno estaba interesado en contarlo viniera al aula a compartir su experiencia. Para mi sorpresa, un par de días más tarde una alumna me comentó que a su abuelo no le importaría, por lo que quedamos en que acudiera al aula cuando termináramos, ya como colofón del tema. Ese día, recibí en el aula a este amable señor ya de edad avanzada, que me comentó con cierto nerviosismo que era ceutí de nacimiento y que la mayor parte de su vida la había pasado en Hadú. Cuando tomó la palabra, pidió disculpas por no estar acostumbrado a hablar en público y, con un respetuoso silencio de los alumnos, el anciano empezó a relatar sus recuerdos de un periodo tan difícil de su vida. Habló de cómo aprovechaban el alquitrán cada

vez que se echaba en la carretera caliente para poner las suelas de las alpargatas ya desgastadas y rellenarlas, de las cartillas de racionamiento, de la falta de medicinas y suministros, del hambre y la miseria. En uno de los momentos relató cómo cada día esperaban junto al cuartel de regulares la salida de los cubos de basura para rebuscar comida sobrante y entonces, si tenían suerte y encontraban algo como cáscaras de plátanos, chupaban los restos. Entonces hizo el gesto con las manos y rompió a llorar. La nieta se levantó y se puso a llorar con él mientras yo le acercaba una pequeña botella de agua. Todos los presentes en la sala nos encontrábamos muy impactados. Quizás ese día pude dar una de las mejores clases de mi vida, sin hablar, solo escuchando lo que ese señor nos contaba. Pasé un mal trago que le agradeceré siempre, y seguro que mis alumnos también.

De algo de eso va el libro que les presento en este prólogo. Javier es un amigo de mi edad y mi tierra, y aunque no somos del mismo barrio, con él he compartido calles, juegos y silencios en una Ceuta que hoy solo existe en la memoria de quienes la vivimos entonces, por eso entendí que no me estaba pidiendo solo unas palabras, sino también que volviera con él a aquel tiempo. Las historias que aquí se cuentan transcurren en la década de los sesenta o los setenta, una edad en la que el mundo se reducía a nuestro entorno más cercano y a esos pequeños acontecimientos que, sin saberlo, nos iban formando. Ceuta era nuestro universo: sus calles eran campo de aventuras, el mar estaba siempre cerca y cada día traía una anécdota nueva que merecía ser contada.

Este no es un libro de historia, no trata de grandes gestas ni de acontecimientos históricos relevantes. Tampoco es una autobiografía solemne. Es un libro de vida. El de alguien que mira atrás con cariño y respeto, consciente de que aquellos años nos

dieron más de lo que entonces supimos valorar. De recuerdos personales que se mezclan con costumbres, situaciones y formas de vivir propias de una época que ya no existe, pero que sigue muy viva en quienes la compartimos. Javier lo narra con sencillez y honestidad, sin pretender idealizar el pasado, pero tampoco olvidando la magia que tiene mirarlo con los ojos de quien fue niño.

Al leer estas páginas, uno se da cuenta de que muchas de estas anécdotas no son solo suyas. Pertenecen a toda una generación que creció sin prisas, aprendiendo en la calle tanto o más que en la escuela, descubriendo la amistad, el compañerismo y también las primeras decepciones. Una generación que aprendió mucho simplemente viviendo.

Cada lector encontrará algo propio en estas historias, por lo que le invito a adentrarse en estas páginas sin prisa, a dejarse llevar por las pequeñas anécdotas, porque su lectura está recomendada para todos, pues todos tenemos una historia cotidiana que merece ser contada. Una vida cotidiana de muchas carencias, pero que nos hizo muy felices.

Si además tienes ya unos años, entonces leer el libro es como mirarse en un espejo con memoria y la añoranza de un tiempo pasado. Al fin y al cabo, recordar es una forma de vivir dos veces.

Alfonso Roldán Montes

A mi hermano.
Por las risas ausentes.

EL CRUCE DEL MORRO

Este será un libro de vivencias. A través de microrrelatos, basados en mis recuerdos, intentaré dejar por escrito cómo era crecer en la década de los sesenta y setenta, los últimos años de la dictadura, la llegada de la Transición, la España de una sola cadena de televisión, de calles llenas de niños y de vidas sin móviles. No pretendo contar mi historia, sino rescatar una forma de vivir que fue la nuestra y que hoy cuesta explicar… y aún más creer. Porque cuando se la contamos a los más jóvenes, a veces, nos miran como si viniéramos de otro planeta.

En 2015 abrí un perfil de Facebook con la idea de darle protagonismo al barrio donde me crié, donde estudié y donde me hice hombre. Me permití tomar prestado su nombre y, a cambio, cederle mis recuerdos, mis travesuras de niño y de no tan niño, mis costumbres, mis anécdotas y una parte importante de mi vida. Porque, en el fondo, eso fue exactamente: la porción de mi existencia vivida en esa zona de Ceuta, en el Cruce del Morro. Ahora he recuperado aquellos textos, los he revisado y los he retocado para convertirlos en este libro.

Nací en mi propia casa, en la primera vivienda de la calle Viñas, justo detrás de los pabellones militares de la Avenida de Regulares. Como la mayoría de los niños de aquella época, pasaba más tiempo en la calle que entre cuatro paredes. Siempre por los alrededores del Cruce del Morro, por el terreno rodeado de cañas que hacía de patio de recreo de la Academia Tetuán Don José, el llano de las Carmelitas o Hadú.

En mi adolescencia pasé horas y horas sentado con mis amigos en el borde de la muralla del anuncio de España Vinícola. Tenía un reborde que servía de asiento y, a continuación, un pequeño tramo inclinado. Allí nos reuníamos los chavales de entonces, los que vivíamos en la calle, los que quedábamos a una hora concreta en un sitio acordado, los que no necesitábamos móviles ni redes sociales para encontrarnos. Bastaba con ir a uno o dos lugares habituales o, simplemente, llamar a la puerta de casa y preguntar por nosotros.

Desde aquella muralla, comiendo pipas, nos reíamos del mundo y de la vida que pasaba delante de nuestros ojos. De vez en cuando, también salíamos corriendo, porque no siempre a todo el mundo le gustaban nuestras risas. Pero, incluso cuando tocaba salir por piernas, volvíamos a sentarnos al rato, como si aquel borde de muralla fuera nuestro sitio natural. Porque lo era. Y porque, sin saberlo, allí también empezaba todo esto.

MI GARY COOPER PARTICULAR

Cuando era pequeño, todos los niños que conocía tenían sus héroes en protagonistas de películas o novelas de aventuras. Para algunos, esos referentes eran también los personajes de los cómics de Marvel, de producciones Vértice o de Hazañas Bélicas, que yo devoraba con auténtico fervor.

Había quien hablaba de Errol Flynn en *Objetivo Birmania*; quien defendía a John Wayne en *La diligencia*, *Río Bravo* o *El Álamo*; quien se quedaba con Johnny Weissmüller en cualquiera de sus películas de Tarzán; o quien admiraba a Tyrone Power en *El signo del Zorro*, *Testigo de cargo* o *El cisne negro*. En fin, había héroes para elegir y para todos los gustos. Pero yo nunca me sentí protegido por el tamaño ni los puños de Wayne, ni por la valentía de Flynn, ni por la exquisitez con la espada de Power, y mucho menos por la desnudez y el grito histriónico de Weissmüller. Lo mío era otra cosa.

Yo tenía un héroe particular. Era el protagonista de una fotografía en la que él no aparecía. Una instantánea que aún hoy, muchos años después de haber superado la edad que él tenía entonces, sigue infundiéndome tranquilidad y seguridad. En esa fotografía solo se me ve a mí, siendo muy pequeño, probablemente con poco más de un año. Se me ve feliz y, sobre todo, seguro.

Esa imagen me ha acompañado durante toda mi vida. Siempre que me he sentido vulnerable o he creído que algo podía hacerme daño, volvía a ella, o hacía por recordarla. Cualquiera

que la observe podría pensar que no tiene nada que ver con la seguridad. Incluso algún creyente podría decir que no hay en ella rastro alguno de santidad ni señales de un aura sobrenatural.

Pero para mí sí las hay. Porque las manos que me sostienen y no me dejan caer, las mismas que hacen que yo me vea feliz, son las de mi Gary Cooper particular: las de mi héroe, durante el tiempo que lo tuve. Las de mi maestro, mi protector, mi mentor y mi amigo. Son las manos de un hombre excepcional, cuya mayor virtud fue la de ser un héroe silencioso, como tantos en aquellos años difíciles de la dictadura, y cuya mayor heroicidad consistió en cuidar de su familia en tiempos nada prósperos.



Son las manos de mi padre.

ESTRELLA DEL ESTRECHO

En los años setenta, viajar a Madrid desde Ceuta era toda una aventura. Aquellos largos trayectos con mis padres y mi hermano marcaron una parte importante de mi niñez y de mi adolescencia. No era solo un desplazamiento, era una transición lenta, casi ceremonial, entre dos mundos.

Todo comenzaba, como no podía ser de otra manera, embarcando en el Muelle España en el Victoria, el Virgen de África o el Ciudad de Tarifa, en alguna de las pocas rotaciones que había entonces. La espera en el puerto ya formaba parte del viaje: maletas alineadas, el olor a gasoil y salitre, los anuncios por megafonía y esa mezcla de nervios y sueño que solo tienen las salidas nocturnas. Durante los primeros años, el tren Expreso salía directamente desde el puerto de Algeciras; más tarde comenzó a hacerlo desde la propia estación.

Por regla general, mis padres sacaban billetes en coche cama. Ellos ocupaban un compartimento y mi hermano y yo nos instalábamos en el contiguo, que también era una forma discreta de tenernos controlados. No sin antes advertirnos, claro, de que no tocáramos ningún botón del que no conociéramos su función, sabedores de nuestra peligrosa afición por esos menesteres.

Recuerdo que en uno de aquellos viajes, al estar todo completo, mi padre tuvo que sacar billetes en coches cama de categoría especial. Por fuera parecían prácticamente iguales, pero al entrar en los compartimentos descubrimos que, junto a la

puerta, había un cuadro repleto de botones y lucecitas. A mi madre le cambió la cara. A nosotros, en cambio, se nos iluminó la mirada. Mi padre nos dedicó una sonrisa cómplice a espaldas de ella. Antes de salir de Algeciras, el encargado del vagón tuvo que presentarse tres veces en nuestro compartimento, y mis padres decidieron hacer el viaje con la puerta de unión entre ambos habitáculos abierta. Para entonces, ya no quedaba un solo botón del que no supiéramos su función ni que pudiera seguir llamándonos la atención.

El viaje en sí era toda una experiencia. Duraba unas doce horas y tenía su propio ritmo: el traqueteo constante, los pasillos en penumbra, el sonido lejano de otras puertas al cerrarse. Cuando despertábamos, ya quedaba poco para llegar a Madrid. Pasábamos entonces el resto del trayecto asomados a la ventanilla del pasillo del vagón, viendo pasar el paisaje como si fuera una película sin sonido.

A mí, particularmente, siempre me gustó más el viaje de vuelta. Por las mañanas, al despertarte, desde esa misma ventanilla se podía ver el tren serpentear y retorcerse por la Serranía de Ronda, como si celebrara el regreso al sur. Aquellas curvas, los túneles y los cambios de luz anunciaban que estábamos volviendo a casa mucho antes de llegar.

Fui haciéndome mayor y repetí aquellos viajes con mis amigos: en el mismo tren, en segunda clase, en literas, alguna que otra vez en primera. Todos fueron distintos y todos me aportaron algo nuevo. Cambiaban las conversaciones, las preocupaciones y la forma de mirar por la ventanilla, pero el trayecto seguía siendo el mismo.

Esto no era algo exclusivo del Algeciras-Madrid, que acabaría llamándose Estrella del Estrecho. Eran tiempos en los que

las noches españolas se llenaban de trenes de largo recorrido, y viajar implicaba tiempo, espera y cierta entrega.

Pero aquellos viajes con mis padres, en compañía de mi hermano, son los que conservo grabados a fuego en el corazón. Porque en ellos aprendí que el camino también forma parte del destino, y que hay trayectos que, aunque no se repitan, siguen viajando con uno toda la vida.

TRUCOS DE MADRE

Cuando era niño, la hora de la comida en mi casa era toda una odisea. Mi hermano y yo —sobre todo yo— no éramos de mucho comer, y yo ni siquiera me acercaba por la cocina para ver qué había cada día. Sencillamente no me interesaba. Pero una madre es una madre, y la mía tenía sus trucos para conseguir que mi hermano y yo comiésemos.

Con mi hermano acertó con alguna que otra comida, pero yo seguía parapetado en mi inapetencia por casi cualquier alimento. Recuerdo que probaba de todo para que me alimentase. Hacía sopa de tomate e invitaba a mi primo, mi compañero de correrías, con el que me llevo apenas unos meses. Él salía encantado con la comida, mientras que yo, prácticamente, no comía nada.

Un día descubrió que me gustaba el emblanco y me lo repitió tantas veces que acabé aborreciendo las patatas hervidas en cualquier plato, hasta el punto de que me dan náuseas o, como decimos por el sur, fatigas. Tanto es así que, en la mili, me gané un arresto por no comer un día un estofado.

Recuerdo con inmenso cariño que solía preparar muchos dulces en su afán por encontrar algo que nos gustara. Con mi hermano dio en el clavo con los bizcochos. Conmigo tuvo que hacer más ensayos. La pobre realizó innumerables intentos hasta que, un día, por casualidad, descubrió que me volvían loco los tocinos de cielo.

A partir de entonces comenzó a poner en práctica su estrategia definitiva para que nos alimentásemos. Preparaba aquellos flanes y los dejaba dentro de su tartera metálica para que se enfriaran en la encimera de la cocina. Después, a media tarde, y sobre todo cuando ella consideraba que ya se podían comer, nos decía que nos portáramos bien y se iba a casa de alguna vecina, dejándonos solos.

No sé cuándo lo hicimos por primera vez ni cómo se nos ocurrió, pero llegamos a alcanzar una técnica depurada y casi perfecta, de no ser por el delicado momento del desmolde. Mi hermano y yo, armados con pajitas de refresco, las clavábamos en el dulce y empezábamos a aspirar, dejándolo hueco. Después, con mucho cuidado —aunque la superficie ya mostraba una sospechosa forma cóncava—, cubríamos los boquetes que habíamos hecho para vaciar el tocino de cielo.

Cuando llegaba la hora de servirlo a la mesa, al desmoldarlo, el dulce se despanzurraba en el plato. Mi hermano y yo nos mirábamos y jurábamos no habernos acercado ni al tocino de cielo ni a la cocina. Mis padres se dirigían entonces una mirada cómplice mientras lo achacaban a cualquier fenómeno externo e inexplicable. Y, una vez más, mi madre había conseguido su objetivo: que comiésemos.

CUANDO SE APAGABA EL PAÍS

Hubo un tiempo, cuando éramos niños o casi adolescentes, en el que los televisores no eran lo que son hoy, en el que a las nueve de la noche la familia Telerín mandaba a la cama a los pequeños de la casa y en el que, tres horas después, a las doce, se acababa la emisión de Radio Televisión Española, con un plano de una bandera de España y el fondo musical del himno nacional. En aquel tiempo no había internet, ni Facebook, ni Twitter, ni ningún atisbo de redes sociales, por lo que la mayoría de los habitantes de nuestro país se iban a la cama cuando mandaba el régimen y no estaban, como hoy en día, hasta altas horas de la madrugada conectados a la red.

La televisión no era una elección individual, sino un acto colectivo. Se veía lo que había, cuando lo había y cómo se podía. El mando a distancia era un concepto de ciencia ficción y subir o bajar el volumen implicaba levantarse del sillón, acercarse al aparato y girar un dial con cuidado, como si se tratara de un instrumento delicado. La programación marcaba los horarios de la casa y, en muchos casos, también las conversaciones del día siguiente.

En muchas casas ceutíes se colocaba sobre el televisor un pañito de croché y, encima, una muñeca vestida de bailaora flamenca o un toro, que en aquella época eran los símbolos por excelencia del orgullo patrio. Aquella decoración no era casual. El televisor ocupaba un lugar central en el salón y, de algún modo,

también en la vida familiar. Se cuidaba, se le limpiaba el polvo y se le hablaba cuando la imagen se iba o el sonido fallaba.

Por supuesto, las emisiones eran en blanco y negro hasta que, en 1972, con la retransmisión de las Olimpiadas de Múnich, comenzaron las emisiones periódicas en color. Se formaban colas para asomarse a las ventanas de algunas casas de planta baja o para entrar y sentarse en el suelo de la de algún amigo en la que habían adquirido un receptor que reprodujese bien la nueva señal. El color no solo estaba en la pantalla, sino también en la sensación de estar asistiendo a algo nuevo, casi histórico.

Pero nos limitábamos a algunos dibujos animados, a una retransmisión deportiva y a algún programa de Valerio Lazarov, que gustaba a unos y mareaba a nuestros abuelos, al tiempo que decían que ellos preferían las televisiones de antes.

Ver la televisión también implicaba una forma muy concreta de estar juntos. Se cenaba deprisa para no perderse el comienzo, se comentaban las imágenes como si los protagonistas pudieran oírnos y, cuando la señal fallaba, alguien golpeaba suavemente el lateral del aparato convencido de que así volvería la imagen. Aquella pantalla pequeña, a veces borrosa, era una ventana compartida por todos y, durante unas horas, nos hacía sentir que el mundo cabía entero en el salón de casa.

Cuando la emisión terminaba y sonaba el himno, no había discusión posible. La pantalla se apagaba, el salón quedaba en silencio y cada uno se iba a su habitación. Aquella señal era una orden disfrazada de música. El día había terminado para todos.

Todo ha evolucionado. Ahora vemos algunas películas en blanco y negro y nos aflora un sentimiento nostálgico que nos hace recordar aquellas sobremesas de los sábados, con las películas del oeste que después nosotros remedábamos en la calle. También los televisores han adelgazado tanto que a la gitana